



VIII CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR



ser épicos

·historias de elfos y dragones·

Segundo Premio
"el llanto del elfo"
Javier Escolap
Por cortesía de:

www.tiendaaira.com

La Solución a tus compras

@
aira
SOLUCIONES
Informáticas
www.airaweb.com

www.diegodoblas.com

75 años de
EL HOBBIT



El llanto del elfo

Una mano enguantada en seda entreabrió la puerta y unos ojos de jade se asomaron por la rendija. Recias voces brotaban de la habitación. En el aire se dispersaba un rancio aroma a caza. Su padre, Conrad MacFlannery, rey de Igasta y Calindo, había regresado.

—Descansad, hermanos. Estáis en vuestro hogar —dijo el monarca—. Después de apresar esta pieza, bien merecemos jergón y almuerzo.

Un coro de vítores arropó la propuesta.

La princesa Ingrid continuaba espiando desde el corredor. Sus rizados cabellos castaños se precipitaban por su delgada silueta. A sus diecinueve años, podía presumir de competir en altura con su progenitor.

—Observad, hermanos —el rey MacFlannery reclamó la atención—. ¡Qué hermosura! Lo dicho: una buena pieza.

Ingrid oteó con atención por el hueco de la puerta y vio que su padre abría un pequeño arcón. Para su asombro, las paredes del cuarto parecieron evaporarse y tornarse espesura del bosque; tal era el efecto óptico creado por la densa luz verdosa que emergía del cofrecillo del rey. Un rumor acuoso se aproximaba desde los abedules.

—Basta por hoy.

El encantamiento se esfumó tan pronto como el soberano cerró la tapa.

Aún cegada por la luminiscente visión, Ingrid se apartó del umbral.

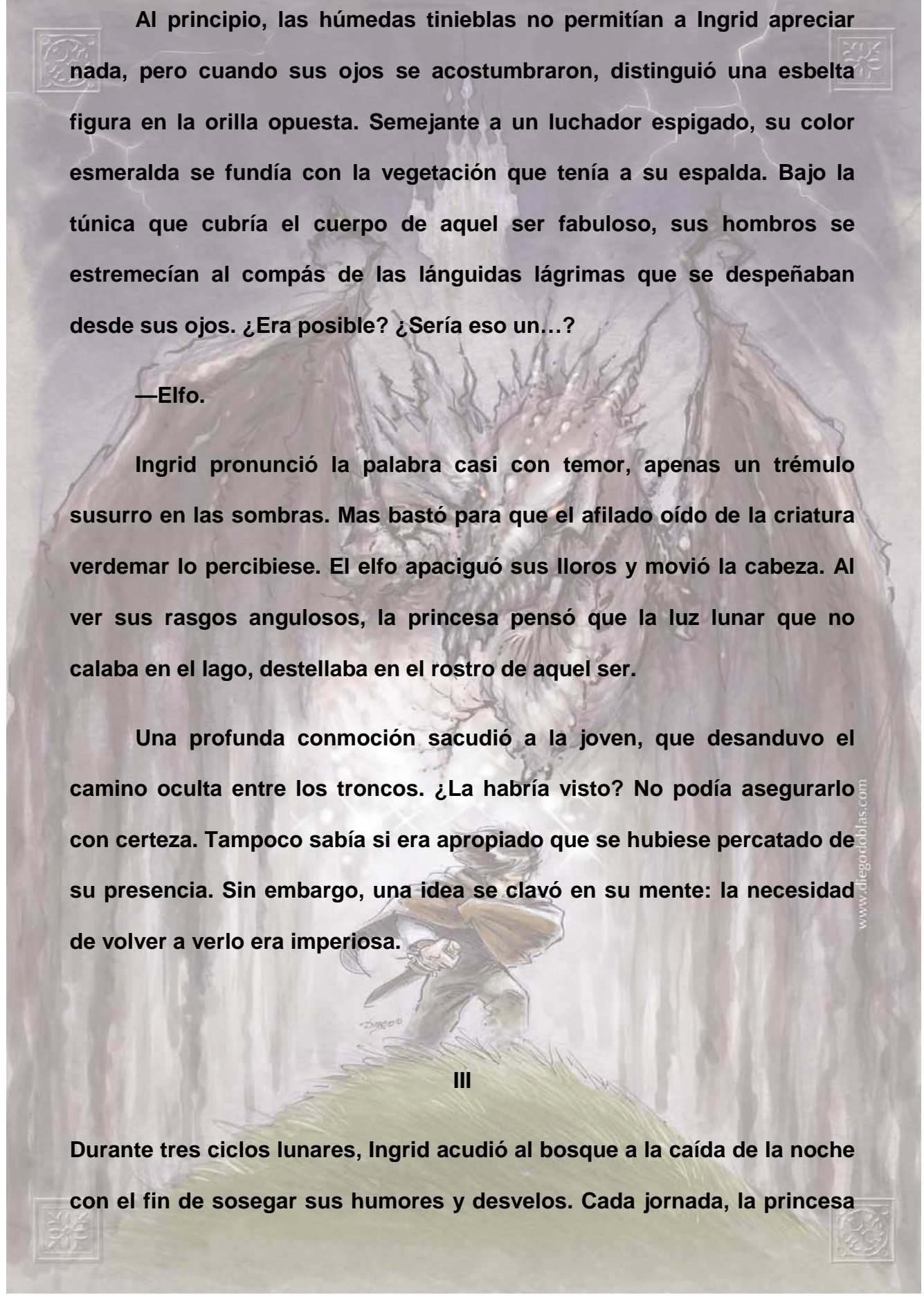
Ya había anochecido. La joven se recogió los bajos de la falda, descendió a hurtadillas por las escaleras y alcanzó la puerta trasera de las cocinas. Allí aguardaban raídos harapos para que la heredera se vistiese en su escapada nocturna al Lago de los Sollozos.

II

Entre los aldeanos de Igasta y Calindo se había propagado la creencia de que al refugio de la fresca y serena oscuridad, al amparo nocturno de indeseadas miradas, las más extrañas monstruosidades se congregaban en el lago para aliviar sus penas.

Atraída por las murmuraciones, Ingrid, siempre dispuesta a evadir las rutinas de la Corte, decidió aventurarse por entre los abedules para comprobar la certeza de esas historias. Los gastados paños con los que había cubierto su delicado vestido le permitieron ausentarse del castillo sin que nadie la reconociese. Pero según se adentraba en el bosque, ramas y arbustos rasgaban el tejido.

Mereció la pena correr el riesgo de ser atacada por alguna alimaña, pues la recompensa fue grata: una elipse imperfecta y lóbrega de agua se extendía a sus pies. La superficie del lago era tan impenetrable que la luna no hallaba reflejo. En verdad parecía posible que esas insondables profundidades absorbiesen el pesar de los que las miraban.



Al principio, las húmedas tinieblas no permitían a Ingrid apreciar nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron, distinguió una esbelta figura en la orilla opuesta. Semejante a un luchador espigado, su color esmeralda se fundía con la vegetación que tenía a su espalda. Bajo la túnica que cubría el cuerpo de aquel ser fabuloso, sus hombros se estremecían al compás de las lánguidas lágrimas que se despeñaban desde sus ojos. ¿Era posible? ¿Sería eso un...?



—Elfo.

Ingrid pronunció la palabra casi con temor, apenas un trémulo susurro en las sombras. Mas bastó para que el afilado oído de la criatura verdemar lo percibiese. El elfo apaciguó sus lloros y movió la cabeza. Al ver sus rasgos angulosos, la princesa pensó que la luz lunar que no calaba en el lago, destellaba en el rostro de aquel ser.

Una profunda conmoción sacudió a la joven, que desanduvo el camino oculta entre los troncos. ¿La habría visto? No podía asegurarlo con certeza. Tampoco sabía si era apropiado que se hubiese percatado de su presencia. Sin embargo, una idea se clavó en su mente: la necesidad de volver a verlo era imperiosa.

III

Durante tres ciclos lunares, Ingrid acudió al bosque a la caída de la noche con el fin de sosegar sus humores y desvelos. Cada jornada, la princesa



entraba en un estado palpitante y febril, del que solo se evadía cuando, con suma cautela, se encaminaba hacia el Lago de los Sollozos.

Cobijada por el manto nocturno, la joven presenciaba la pena del elfo. Cuán grande sería su pesar, pues nunca lograba aminorar las lágrimas que derramaba.

Comoquiera que la tristeza también se instaló en el corazón de Ingrid, ésta buscó consejo en el viejo hechicero que sanaba a los labriegos del reino. Ciego y orate, se decía de él que practicaba las artes oscuras y que, por este motivo, los dioses le habían sumido en sombras.



Vestida con los harapos de sus incursiones nocturnas, Ingrid se escabulló entre mujeres con cestas, comerciantes y niños en corro, hasta que entró en la mísera cabaña del brujo.



—Señor, disculpad mi atrevimiento, soy una campesina que necesita ayuda.

El hombre giró la cabeza. Sendos parches andrajosos le cubrían los ojos. La princesa le habló de sus viajes secretos al lago y del afligido elfo, con cuidado de no mencionar nada que pudiese delatar su verdadera identidad.

—Por eso, señor, solicito un encantamiento que permita volverme liviana como los pétalos y verde como los tallos. Ansío ser un elfo.

El anciano se acercó a Ingrid, tomó uno de sus bucles castaños y se lo llevó a la nariz para, al instante, soltarlo con turbación.



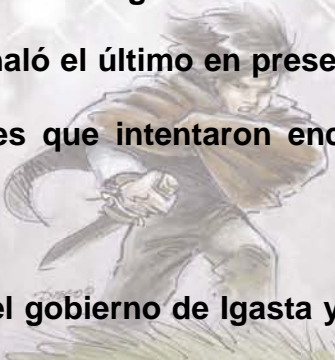


—Niña, fuera de aquí. Olvidad lo que pedís —musitó el hechicero mientras la empujaba hacia la puerta—. No sois quien afirmáis ser y mentís por enamoramiento. Tened cuidado, niña, con lo que anheláis.



IV

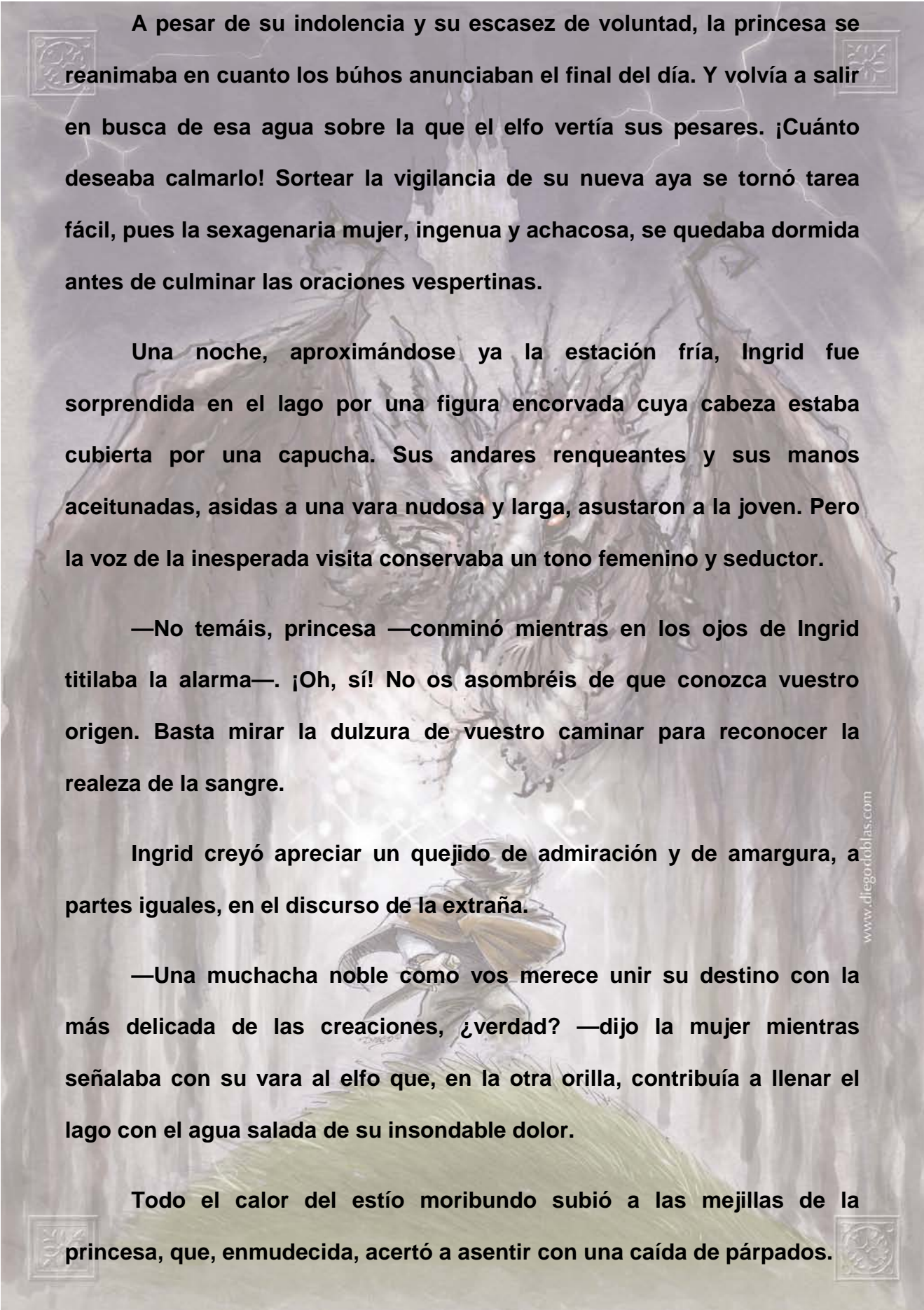
El rechazo del mago había hundido a Ingrid en el más desesperado de los desmayos. Rehusaba comer, no lograba conciliar el sueño, evitaba la conversación. Hasta su espíritu se había agriado y trataba a sirvientes y doncellas con un desdén jamás contemplado en la antaño alegre heredera.

El estado de Ingrid llegó a los oídos de su padre. El rey Conrad la visitó, preocupado por si su hija corría el mismo infortunio que su malograda esposa seis años atrás. Muerta en vida durante meses, los curanderos del reino no podían siquiera aventurar cuál era el mal que la afectaba. De la reina solo llegaban miradas vacías, solo suspiros ahogados, hasta que exhaló el último en presencia del monarca, su hija y un puñado de sacerdotes que intentaron encaminar su alma hacia los dioses adecuados.



Los quehaceres del gobierno de Igasta y Calindo eran muchos, por lo que Conrad hubo de apartar esos temores de su pensamiento y dejar de frecuentar los aposentos de su hija. Lo único que podía hacer era encomendar a la criada más veterana de la corte la tarea de cuidar de Ingrid.





A pesar de su indolencia y su escasez de voluntad, la princesa se reanimaba en cuanto los búhos anunciaban el final del día. Y volvía a salir en busca de esa agua sobre la que el elfo vertía sus pesares. ¡Cuánto deseaba calmarlo! Sortear la vigilancia de su nueva aya se tornó tarea fácil, pues la sexagenaria mujer, ingenua y achacosa, se quedaba dormida antes de culminar las oraciones vespertinas.

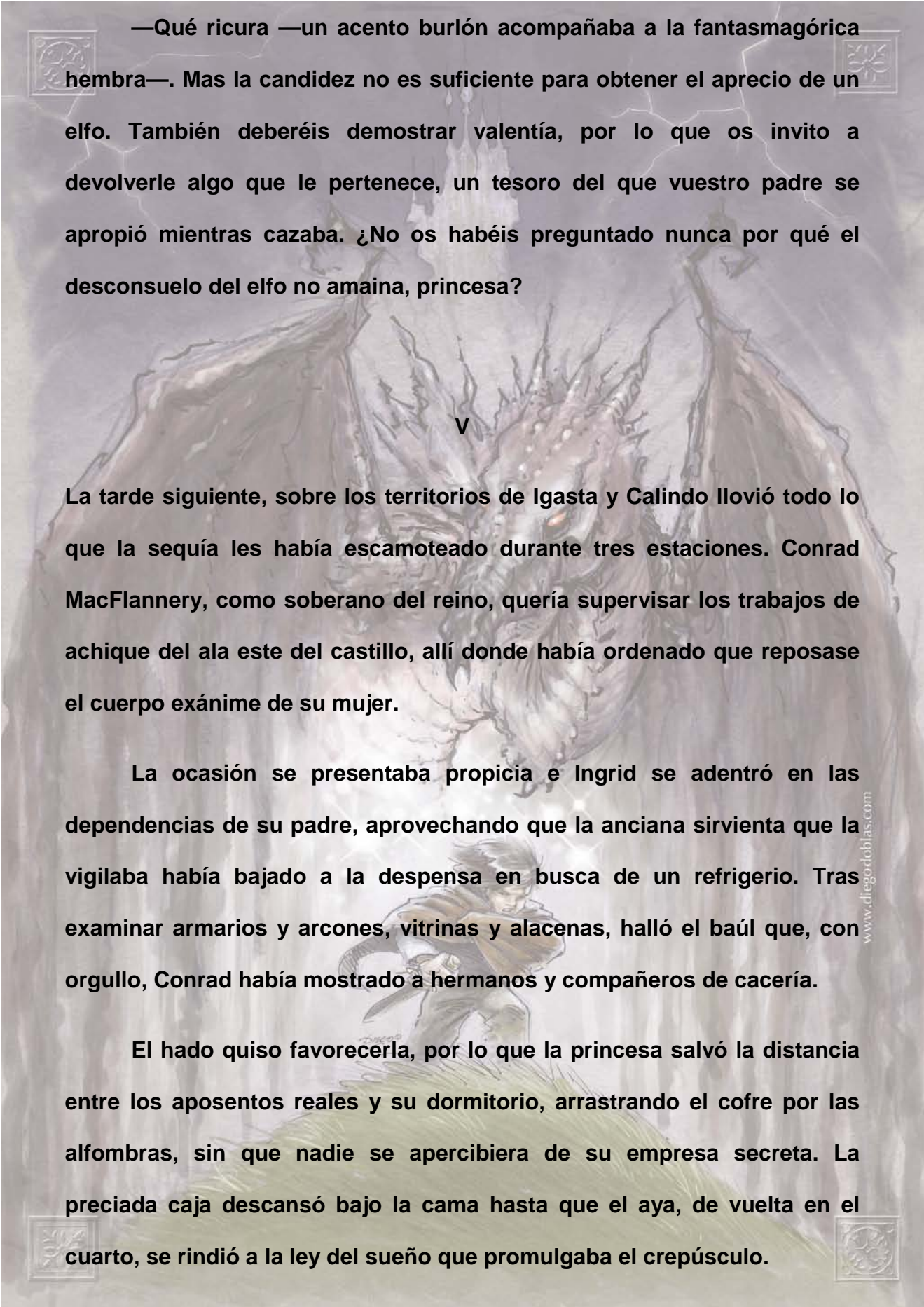
Una noche, aproximándose ya la estación fría, Ingrid fue sorprendida en el lago por una figura encorvada cuya cabeza estaba cubierta por una capucha. Sus andares renqueantes y sus manos aceitunadas, asidas a una vara nudosa y larga, asustaron a la joven. Pero la voz de la inesperada visita conservaba un tono femenino y seductor.

—No temáis, princesa —conminó mientras en los ojos de Ingrid titilaba la alarma—. ¡Oh, sí! No os asombréis de que conozca vuestro origen. Basta mirar la dulzura de vuestro caminar para reconocer la realeza de la sangre.

Ingrid creyó apreciar un quejido de admiración y de amargura, a partes iguales, en el discurso de la extraña.

—Una muchacha noble como vos merece unir su destino con la más delicada de las creaciones, ¿verdad? —dijo la mujer mientras señalaba con su vara al elfo que, en la otra orilla, contribuía a llenar el lago con el agua salada de su insondable dolor.

Todo el calor del estío moribundo subió a las mejillas de la princesa, que, enmudecida, acertó a asentir con una caída de párpados.





—Qué ricura —un acento burlón acompañaba a la fantasmagórica hembra—. Mas la candidez no es suficiente para obtener el aprecio de un elfo. También deberéis demostrar valentía, por lo que os invito a devolverle algo que le pertenece, un tesoro del que vuestro padre se apropió mientras cazaba. ¿No os habéis preguntado nunca por qué el desconsuelo del elfo no amaina, princesa?

V

La tarde siguiente, sobre los territorios de Igasta y Calindo llovió todo lo que la sequía les había escamoteado durante tres estaciones. Conrad MacFlannery, como soberano del reino, quería supervisar los trabajos de achique del ala este del castillo, allí donde había ordenado que reposase el cuerpo exánime de su mujer.

La ocasión se presentaba propicia e Ingrid se adentró en las dependencias de su padre, aprovechando que la anciana sirvienta que la vigilaba había bajado a la despensa en busca de un refrigerio. Tras examinar armarios y arcones, vitrinas y alacenas, halló el baúl que, con orgullo, Conrad había mostrado a hermanos y compañeros de cacería.

El hado quiso favorecerla, por lo que la princesa salvó la distancia entre los aposentos reales y su dormitorio, arrastrando el cofre por las alfombras, sin que nadie se apercibiera de su empresa secreta. La preciada caja descansó bajo la cama hasta que el aya, de vuelta en el cuarto, se rindió a la ley del sueño que promulgaba el crepúsculo.





No había tiempo que perder. Ingrid envolvió el baúl entre sábanas y, acarreado el fardo, se dispuso a sortear, una vez más, las murallas del castillo. Pero al salir de las cocinas una mano helada le sujetó el brazo.

—Niña, no lo hagáis —el viejo hechicero parecía aún más decrepito bajo la lluvia. Sus ojos tapados eran pozos llenos de advertencias—. Sed razonable y...

No tuvo ocasión de terminar el consejo. Ingrid ya corría hacia el bosque, con la cabeza cubierta por remiendos para protegerse del aguacero y para ocultar su alborozo.

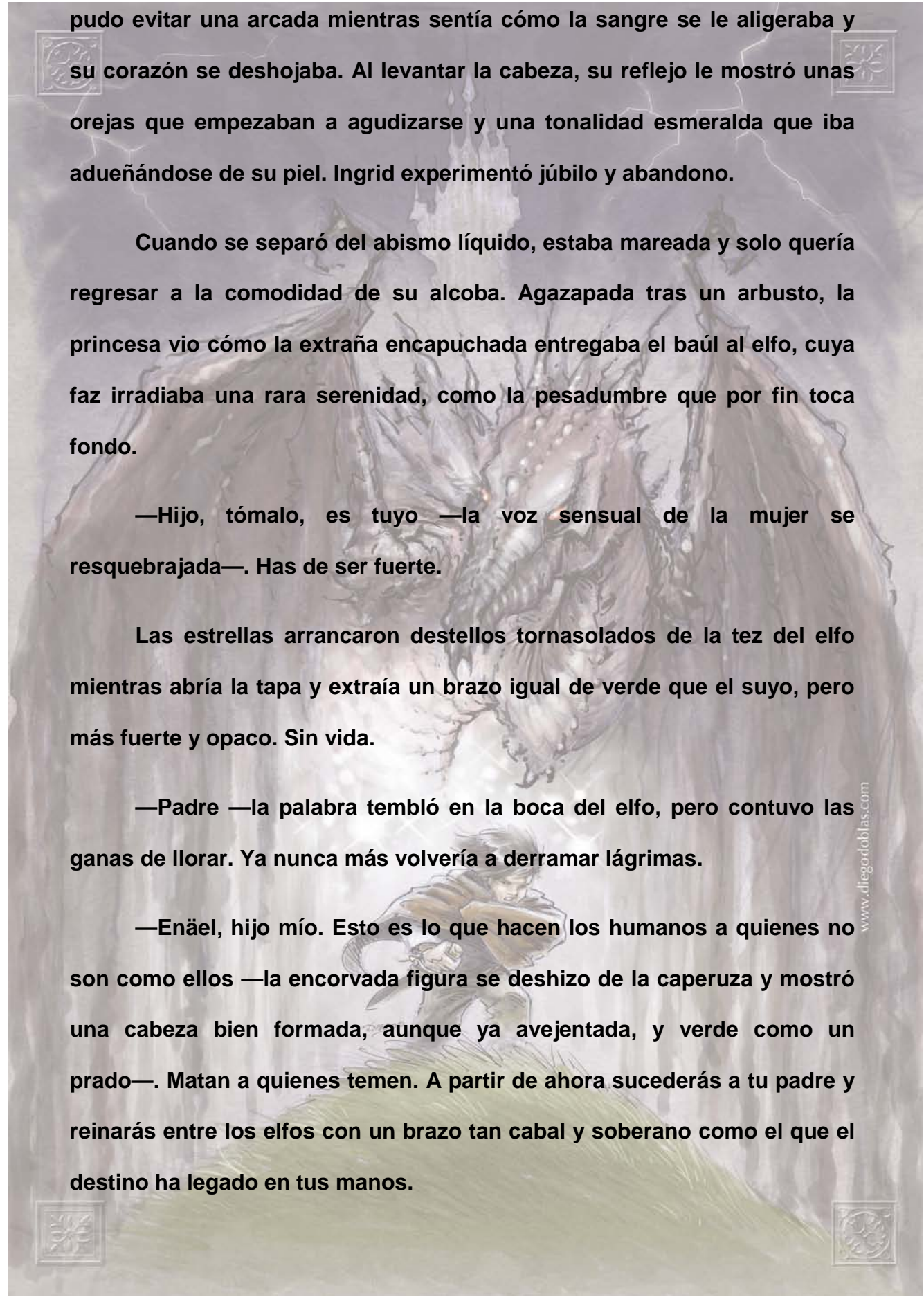
VI

Debilitada por la falta de alimento, la princesa se detuvo en varias ocasiones para apoyarse en los abedules y recobrar las fuerzas. Un gimoteo cristalino se abría paso por la espesura. Para cuando vislumbró el negro resplandor del Lago de los Sollozos, la joven bordeaba la extenuación. Mas no importaba el cansancio ni el sufrimiento: allí esperaba la arrugada mujer que le proporcionaría el aspecto adecuado para conquistar al elfo, pues ¿qué criatura mágica iba a aceptar el pálido y tosco cuerpo de un humano?



—Buena chica, buena chica —murmuraba la desconocida mientras retiraba las sábanas del cofre—. Ahora, bebe.

Ingrid se agachó y posó sus labios en las tenebrosas aguas. Con el primer trago, viscoso y agrio, el llanto del elfo se interrumpió. La joven no



pudo evitar una arcada mientras sentía cómo la sangre se le aligeraba y su corazón se deshojaba. Al levantar la cabeza, su reflejo le mostró unas orejas que empezaban a agudizarse y una tonalidad esmeralda que iba adueñándose de su piel. Ingrid experimentó júbilo y abandono.

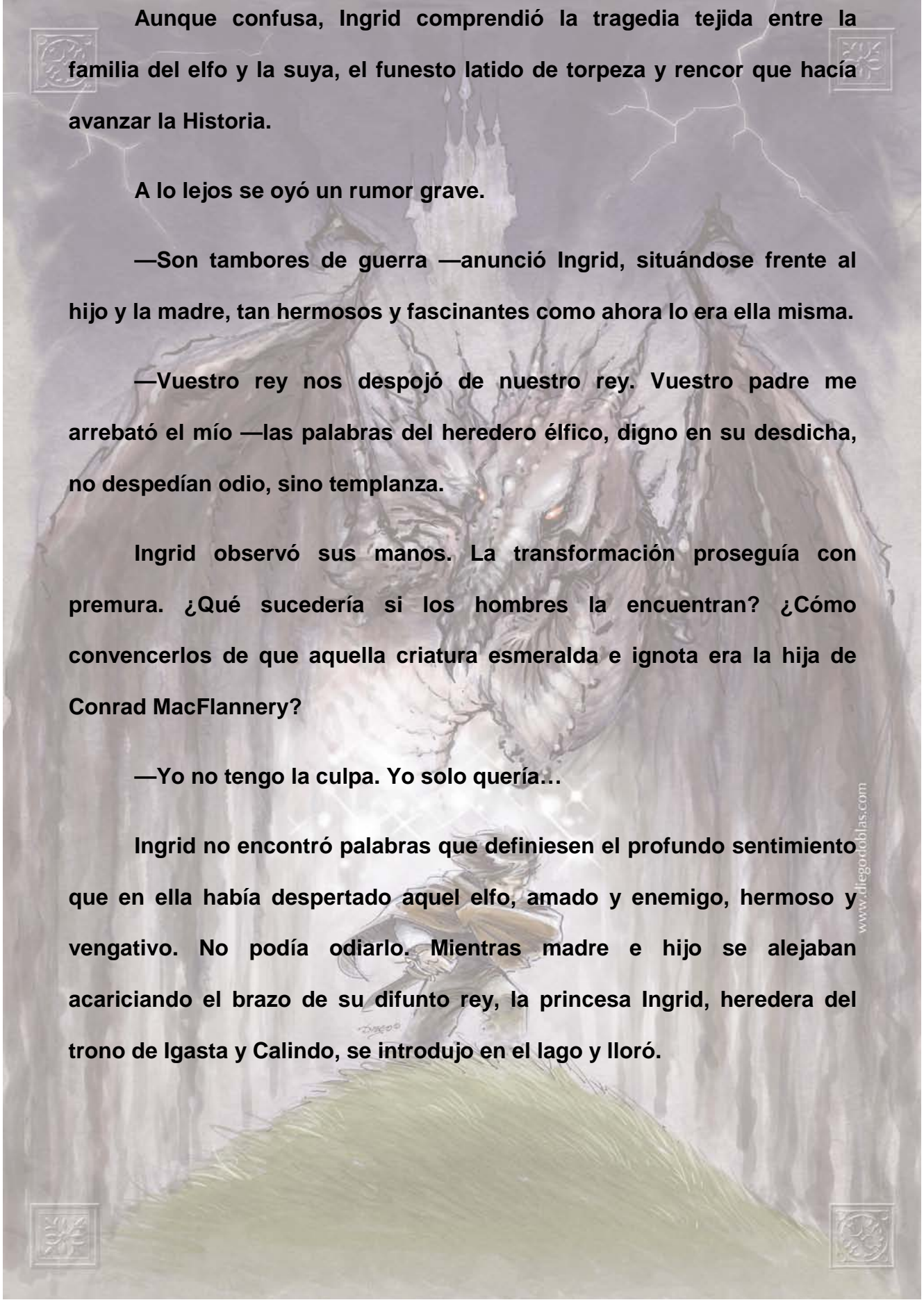
Cuando se separó del abismo líquido, estaba mareada y solo quería regresar a la comodidad de su alcoba. Agazapada tras un arbusto, la princesa vio cómo la extraña encapuchada entregaba el baúl al elfo, cuya faz irradiaba una rara serenidad, como la pesadumbre que por fin toca fondo.

—Hijo, tómalo, es tuyo —la voz sensual de la mujer se resquebraja—. Has de ser fuerte.

Las estrellas arrancaron destellos tornasolados de la tez del elfo mientras abría la tapa y extraía un brazo igual de verde que el suyo, pero más fuerte y opaco. Sin vida.

—Padre —la palabra tembló en la boca del elfo, pero contuvo las ganas de llorar. Ya nunca más volvería a derramar lágrimas.

—Enäel, hijo mío. Esto es lo que hacen los humanos a quienes no son como ellos —la encorvada figura se deshizo de la caperuza y mostró una cabeza bien formada, aunque ya avejentada, y verde como un prado—. Matan a quienes temen. A partir de ahora sucederás a tu padre y reinarás entre los elfos con un brazo tan cabal y soberano como el que el destino ha legado en tus manos.



Aunque confusa, Ingrid comprendió la tragedia tejida entre la familia del elfo y la suya, el funesto latido de torpeza y rencor que hacía avanzar la Historia.

A lo lejos se oyó un rumor grave.

—Son tambores de guerra —anunció Ingrid, situándose frente al hijo y la madre, tan hermosos y fascinantes como ahora lo era ella misma.

—Vuestro rey nos despojó de nuestro rey. Vuestro padre me arrebató el mío —las palabras del heredero élfico, digno en su desdicha, no despedían odio, sino templanza.

Ingrid observó sus manos. La transformación proseguía con premura. ¿Qué sucedería si los hombres la encuentran? ¿Cómo convencerlos de que aquella criatura esmeralda e ignota era la hija de Conrad MacFlannery?

—Yo no tengo la culpa. Yo solo quería...

Ingrid no encontró palabras que definiesen el profundo sentimiento que en ella había despertado aquel elfo, amado y enemigo, hermoso y vengativo. No podía odiarlo. Mientras madre e hijo se alejaban acariciando el brazo de su difunto rey, la princesa Ingrid, heredera del trono de Igasta y Calindo, se introdujo en el lago y lloró.